

LAS LENGUAS CLASICAS, INSTRUMENTOS DE AGILIDAD MENTAL

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Dr. en Filología Clásica y Director
de la Casa de Cultura de Soria

Para tí, amigo Tomás, con el afecto y la admiración de muchos años.

'Qué pronto se nos han pasado!

¿Lo recuerdas? Entonces -primeros de Septiembre de 1.944- llegaba yo a Oviedo, donde -recién ganadas mis Oposiciones- tomaba posesión como Bibliotecario de esa Universidad. Pocos días más tarde, fui nombrado Profesor Encargado de la Cátedra de Griego del Instituto Masculino.

Tú eras ya Catedrático de Latín del Instituto Femenino, del que también serías Director.

Ahora -Noviembre de 1.984- llevas algún tiempo jubilado por la Administración, y yo voy a serlo, anticipadamente, muy pronto.

Mas, para nosotros, jubilación viene de júbilo. ya que, por fortuna, llevamos muy adentro el hermoso bagaje de las humanidades clásicas con una insobornable y permanente vocación por leer, traducir, investigar, escribir...

Por eso mismo, a nosotros sólo Dios nos jubilará el día que nos tenga destinado...

Desde siempre, una de las asignaturas que se antojaban más incómodas, difíciles o aburridas a los alumnos de Bachillerato (e incluso a no pocos universitarios) ha sido el Latín; también ha corrido la misma suerte el Griego desde que se incorporó a la Enseñanza Media.

¿Por qué esa "mala imagen"?

Es posible que viejos o rutinarios métodos y que algunos profesores plúmbeos de otros tiempos hayan contribuido en cierta medida a esa generalizada aversión o prevención por las lenguas clásicas.

Pero creo que ha contribuido a ello mucho más el avance progresivo y arrollador de la tecnología sobre las humanidades, lo que ha permitido diezmar -por no decir casi aniquilar- la dignamente lograda incorporación de las lenguas clásicas, entre los años "cuarenta-cincuenta", a nuestro entonces humanístico Bachillerato, que, con todos los defectos que se quieran, era mucho más completo y formativo que el alicorto y mezquino Bachillerato actual, incapaz de desarrollar de un modo mínimamente satisfactorio la personalidad y la curiosidad intelectual de nuestros jóvenes estudiantes.

Ese avance de las técnicas y de las máquinas -caldo de cultivo de una sociedad consumista que trata de alcanzarlo todo por el atajo más corto y por la ley del menor esfuerzo- es culpable de que nuestra sociedad se haya hecho cada vez más pasiva, achatándose culturalmente, con una miopía cuyas miras no pasan del vuelo a ras de tierra de las gallináceas...

Se ha creído siempre -y hoy creo que, en general, nadie se lo plantea siquiera- en la inutilidad de las lenguas clásicas.

El latín -lengua universal otro tiempo- se ha menospreciado como algo propio o exclusivo de la Iglesia y de los curas y, quizá, en el mejor de los casos, junto con el griego, como adorno de una minoría de sabios o raros eruditos, por cuanto su accesibilidad era poco menos que imposible para el hombre medio y menos aún para la juventud estudiosa.

Recordemos al respecto la fina ironía ática del ilustre filólogo y arqueólogo francés de la segunda mitad del XIX y primer tercio del siglo actual Salomón Reinach, en sus deliciosas *Cartas a Eulalia*, con el aditamento: **o el griego y el latín sin lágrimas**, y

más recientemente, otra obrita ágil y amena, tan interesante o más que para quienes va dirigida, para los propios profesores de lenguas clásicas: me refiero a la graciosamente denominada, con un genitivo plural, **Latinorum**, del italiano Fornaciari, con el expresivo subtítulo de **Guía práctica para los padres cuyos hijos estudian Latín...**

Podríamos añadir más ejemplos, pero bastan estos botones de muestra para darnos idea de ese generalizado y absurdo concepto de la inutilidad, así como de la exageración de la evidente dificultad del Griego y del Latín.

España, país de vieja solera clásica, se resiente quizá por ello mismo de ciertos resabios atávicos de rutina o de una tradicional erudición humanística más preocupada a menudo por cuestiones históricas o de minuciosa doctrina gramatical antes que por una moderna y mesurada revisión de los sistemas y métodos de enseñanza al uso. Quizá haya influido en esto último nuestra no muy desarrollada preocupación social: así, no es nada extraño hallar sabios helenistas o latinistas de tan sólida preparación como de erudición notable, en tanto que escasean los docentes de un acentuado sentido social y pedagógico que les acerque plenamente a sus alumnos, haciéndoles grata y amena la materia y mostrándoles cómo el Griego y el Latín suponen algo más que unas declinaciones o conjugaciones y la aparentemente fría traducción de unos textos, ya que son -o deben ser, de otra parte y por encima de todo- un excelente instrumento de agilidad mental.

Ortega y Gasset, en su breve y brillante ensayo **Miseria y esplendor de la traducción**, ha contrapuesto a la figura rebelde del escritor o creador literario la del traductor como un "personaje apocado", pero ha reconocido que, "en general, todo escritor debería no menospreciar la ocupación de traducir y complementar su obra personal con alguna versión de lo antiguo, medio o contemporáneo".

Para el crítico alemán Lorenz, el traductor es

"un conductor de puentes hacia el mundo, un mediador". Y otro alemán de hoy, el excelente traductor Curt Meyer-Classon, considera que traducir no es una profesión, sino una vocación: si este actualísimo concepto lo llevamos también a la traducción de las lenguas muertas, del Griego y el Latín clásicos, cobrará su más pleno sentido el por mí antes apuntado de "instrumentos de agilidad mental".

¿Por qué lo son?

Lo son, en primer término, por su poderoso valor formativo; en segundo lugar, por su especial interés como lenguas que despiertan el sentido lingüístico general del alumno, en una medida mucho mayor que cualquiera de las lenguas modernas; y, en otro aspecto, por su aplicación como utilísima experiencia milenaria, ya para enfrentarnos con un amplio mundo de valores (personalidad, universalismo, etc.), ya para darnos respuesta a los problemas actuales al relacionar las ideas y los modos de vida de la antigüedad con los nuestros, contrastándolos en los textos clásicos.

Pero, aun siendo esto mucho, no lo es todo.

Las lenguas clásicas, en sí mismas, -vuelvo a repetirlo- son, además, un instrumento muy valioso de agilidad mental, cada vez más necesario en un mundo en el que los avances de la tecnología (la televisión, la informática, etc.) hacen al hombre cada vez más pasivo y más deshumanizado.

En esa línea del arrollador y deslumbrante avance tecnológico llegará un día, no lejano, en que el hombre no pase de encender una luz o pulsar una tecla como sucedáneos que le ahorren el esfuerzo de aprender, de estudiar, de investigar datos; para evitarse, también, la "molestia" de pensar. Y esto, si es grave a nivel universal, lo es tanto o más en un país como el nuestro donde -como dijo con profunda tristeza, no exenta de acritud, el gran poeta Antonio Machado- "de cada diez cabezas nueve embisten mientras sólo una piensa...".

De ahí que sea necesario volver la mirada -y no cercenar más los ya muy maltrechos planes de enseñanza- a las lenguas clásicas, porque, lejos de su aparente inutilidad para el mundo actual en el que parece que las máquinas nos lo dan todo hecho, suponen un adiestramiento excelente de las facultades intelectuales, un magnífico sistema para aprender mejor a razonar, una especie de gimnasia intelectual para conocer en plenitud la relación entre el pensamiento y la palabra.

Son las lenguas clásicas, sin duda alguna, el mejor camino, no sólo para hacer eruditos o técnicos, sino para formar personas cultas, ya que nos proporcionan una verdadera dimensión de la existencia de nuestros antepasados y un sentido lingüístico e histórico de la vida.

Decía Ortega -en el ensayo antes citado- que, "frente a las ciencias naturales, tienen hoy que renacer las humanidades, si bien con signo diverso del que siempre tuvieron. Necesitamos acercarnos de nuevo al griego y al romano, no en cuanto modelos, sino, al contrario, en cuanto ejemplares errores... De aquí -añadía el filósofo- que me obsesione, desde hace muchos años, esta idea de que es preciso rehabilitar para la lectura toda la antigüedad grecorromana, y para ello es inexcusable una nueva traducción... No tenemos apenas qué aprender de ellos por lo que dijeron, pensaron, cantaron, sino simplemente porque fueron, porque existieron, porque, pobres hombres como nosotros, bracearon desesperadamente como nosotros en el perenne naufragio del vivir. De aquí que importe orientar las traducciones clásicas en este sentido...".

Por nuestra parte y en la arraigada convicción de que las lenguas clásicas son y seguirán siendo un precioso instrumento para agilizar la mente, para educar el pensamiento, para estimular la curiosidad intelectual, creemos que en un Bachillerato armónico y equilibrado ha bría de seguirse estudiando el Griego y el Latín en función de la nuestra propia y de otras

lenguas modernas: por ello, deberán tener muy claro los docentes la necesidad de hacer atractivos el Griego y el Latín, considerando la traducción como un medio y un método excelente para aprender a leer y a interpretar, dando cada vez más importancia al léxico y a la etimología y reduciendo al mínimo -en los primeros pasos, sobre todo- la teoría sintáctica, extraída de los propios textos, con un comentario vivo. Abordar, en suma, la traducción de un texto clásico no como un fin, sino como un medio esencial para comprobar las capacidades y posibilidades intelectuales del alumno.

En un mundo en el que manda la electrónica y donde imperan el maquinismo y el consumismo tecnológico hace falta una "catarsis" que purifique el enrarecido ambiente en que nos vemos sumergidos.

Por eso no debemos olvidar las culturas, las lenguas "muertas": los héroes, los personajes de Homero, Esquilo, Sófocles, Plutarco, Virgilio, Horacio, Ovidio, César o Tácito "viven" todavía hoy y seguirán "viviendo" mañana, y siempre, porque, como ha dicho muy bien Zubiri, los clásicos somos nosotros...